

lidad entre la Puerta otomana y sus provincias, existiría un lazo difícil de desatar. Por algo Cristo dijo que no era paz, sino espada, lo que había venido a traer a los hombres. Mientras gran parte de la humanidad entienda tan hondas cuestiones de un modo y otra gran parte de otro, no hay paz posible; la paz es un sueño baldío. Cree la gente que la guerra es la marcha de dos ejércitos, para embestirse y disputarse la victoria. Y eso no es sino el chispazo de la guerra, no es sino lo que aparece y desaparece en un minuto, porque para la historia, los años y los meses son minutos, segundos, fracciones de segundo quizá. La guerra, bien mirada, es la discordia, es el incesante conflicto de intereses y deseos de los pueblos y las razas, aunque no se esgrima un cuchillo ni un tiro se dispare. Y yo envidio al que crea que suprimiendo cuchillos y fusiles, la paz se establecería. Ignoro si el porvenir prepara otras maneras de guerrear diversas de las actuales, pero dudo que nunca se modifique sensiblemente la gran ley de la naturaleza, la lucha de todos contra todos. Quien reclame derechos o los defienda, en último término, a la fuerza habrá de acudir.

Ya sé que también hay escuelas que han decretado la supresión de las nacionalidades. Con un plumero borrarán las fronteras, declaradas ilógicas y absurdas; con un tiralíneas repartieron en casillas simétricas el globo y, numerada cada casilla, las soldaron con un pacto fraternal, que las hace a todas iguales, a todas libres, a todas buenas, a todas felices y a todas un paraíso...

Entretanto las montañas de los pequeños Balkanes o, para hablar más castizamente, de los Balkanes menores, arrojan sobre el núcleo del imperio otomano cascadas de combatientes. Su pleito es secular, histórico. Decídes que no hay fronteras. Las hay y es lo bueno que pueden ensancharse. Turquía se ha engrandecido por la conquista y la fuerza; la fuerza y la conquista van a consumir su desmembración. Ya sus antiguas provincias se han ido erigiendo en Estados independientes; ya ese conjunto de pueblos, que no pueden ser turcos..., porque son cristianos, Grecia, Bulgaria, Montenegro, Serbia, Bosnia, Herzegovina, han ido limando sus cadenas, poco a poco, con titánico esfuerzo, entre charcos de sangre, y cada vez más fuertes, preparan una confederación que las eleve a la altura de las grandes potencias. No es fácil que hubiesen conseguido tal resultado, con discursos pacifistas.

Si; arroyos de sangre han corrido, en tantos años y ahora, y sabe Dios cuánta queda por derramar... Si los pueblos abatidos cesan de defenderse, la sangre continúa corriendo, sólo que, como en los mataderos, es el pobre rebaño sacrificado sin que lo sepa nadie, allá, muy lejos, en los valles remotos... No: cien veces vale más la guerra que la opresión. No conozco demostración tan clara de la necesidad de la guerra como este caso de Oriente. Los periódicos nos refieren la furia de los albaneses contra los niños cristianos. ¡Hay cosa más horrible, atentado igual a degollar y mutilar un niño! Continúa la rabia de Herodes, en estos soldados musulmanes, que escupan a las enfermeras, pegan fuego a los jergones y quieren evadirse del hospital, sólo por cortar el cuello a un niño, porque ese niño fué bautizado con agua, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Para que la paz universal, sea algo más que uno de esos tópicos que se prestan a infladas disertaciones, sería preciso que el Niño divino que respira placidamente, en su gruta, entre la mula y el buey, fuese adorado con igual fe por todos cuantos hombres cubren la superficie del globo; y que esos hombres, además, tuviesen todos igual estructura moral, iguales intereses, marchasen a igual fin; que todo cambiase hasta un punto imposible de prever, ni de comprender, y fuera mejor decir sencillamente: hasta un punto imposible...

La guerra, es cierto, ha perdido algo su carácter de bárbaro. El derecho de gentes no es una fantasía. Muchas cuestiones se arreglan con negociaciones y tratados. Esto es un bien, un fruto del adelanto general. Por mínima que sea la benignidad y la humanidad que observen los combatientes, siempre habrá que ver en ella un efecto de la claridad celeste que alumbra al santo Párvulo, acostado sobre el heno, trémulo de frío... Es el Cristianismo el que inició la piedad. Quizás—aunque por ahora no se ha podido notar síntoma alguno de ello—la guerra tienda a desaparecer. Lo que aseguro es que no desaparecerá por los medios que hoy se emplean para desterrarla, y entre los cuales hay algunos cien veces más feroces que la guerra misma.

A nosotros el Niño nos ha traído la probable terminación de las campañas en el Rif, por medio del tratado franco-español, que si no es una solución muy ventajosa para nosotros, tiene la inmensa ven-

taja de ser eso, una solución. Nos han quitado cuanto han podido; nos han trasquilado; pero eso sería lo de menos, si lo que nos dejaron lo supiésemos usufructuar. Aunque mi amigo el sutil Unamuno proclame que es un gran bien hacer el primo, yo entiendo que si España, desde siglos atrás, no lo hubiese hecho tanto, nos iría mejor a Unamuno y a mí y a todos.

Francia ha pasado por varios sistemas y formas de gobierno: el imperio, la república, la monarquía, la república otra vez, otra vez el imperio, y vuelta la república, con vistas al socialismo; pero con tantos cambios y el carácter de sus actuales instituciones, que representan en Europa lo más avanzado como sentido (exceptuando a Portugal), Francia no ha dudado nunca de que tiene derecho a poseer colonias, a ejercer protectorados, a defender sus posesiones de África, derecho que a España se le discute diariamente, habiendo quien en serio proclamaba que debíamos devolver la plaza de Melilla a las cabillas o al sultán o al Rogi o a quien fuese, con Ceuta y el Peñón de propina, y un ramito de miosotis por recuerdo. El Tratado, mal o bien, viene a consolidar nuestro fuero, y en ese sentido debemos regocijarnos, aun cuando nadie se haya regocijado, que yo sepa, de que se firme y ratifique. Nos escamotean a Taza y a Fez... Nos dan el hueso. Para lograr carne, hay que ser fuerte como el león o cualquiera otro gran carnívoro. Harto se sabe. De todos modos pierde el pleito y ganará si concluye, dicen, y lo que ahora conviene es que arreglemos debidamente ese territorio que, en realidad, ya de nosotros espera el pan y el palo.

Marruecos, el Marruecos que protegemos, debe ser nuestra escuela de guerra, el punto donde nuestro ejército se adiestre en las fatigas y abnegaciones militares. Debe además ser objeto de minucioso estudio, para que nuestra soberanía haga de ese retazo de África un mercado para el comercio y un país tranquilo y floreciente..., hasta donde lo permita su topografía y la condición de sus naturales.

Francia, hoy, es dueña de vastísimas posesiones en África. La humanitaria República no se descuida en tender su bandera tricolor sobre el mapa, y cuando leemos los nombres de las ciudades que, al cabo, le pertenecen, aunque no estén del todo incorporadas a su nacionalidad, no podemos menos de pensar, con melancolía, que son ciudades donde la memoria de nuestra grandeza todavía levanta profundos ecos... Argel nos habla de Cervantes, de su cautiverio, de los renegados crueles, de las moras bellísimas enamoradas de españoles gallardos y cautivos; Orán evoca las figuras majestuosas de Cisneros, de Hernán Cortés, de Carlos V; Bugía, Mostagán, Tremecén, el Estado de Túnez entero son familiares a nuestra imaginación española, en la cual ruedan fechas y nombres gloriosos, como guijas en la playa; Fez, Tafílete, Marruecos tampoco podrán parecernos ajenos nunca. Nosotros hemos vivido siempre ocupados del África, si no tanto ni del modo que debiéramos, al menos lo bastante para que la idea africana sea una idea hispánica, como si los dos territorios, accidentalmente separados por misterioso cataclismo, ansiasen volver a reunirse ya en abrazo, ya en lucha cuerpo a cuerpo, que también es manera de unión y muy estrecha. Hemos peleado siempre con los moros, siglos y siglos, con alternativas, pero sin abandonar la actitud, y según más combatíamos se dijera que el odio se apagaba mientras la hostilidad no cesaba nunca. Ninguna mala voluntad profesa a los moritos los españoles; muchos les tributan simpatía, como el ya difunto e ingenioso Eugenio Silvela, que tenía por la vida marroquí y hasta por los rifeños una especie de culto.

Ni aun en los tiempos de la Reconquista—y de ello es testimonio el Romancero—, fueron objeto de saña ni de desprecio para nosotros los africanos. Su sangre corre íntimamente mezclada con la nuestra, según fácilmente verá quien recorra nuestras provincias de Levante y Mediodía. Estamos, pues, en las mejores condiciones para ejercer útil influjo en los países sometidos a nuestro protectorado. Pero convendrá poner en ello una atención que aquí no se concede a muchas cosas, y acaso menos a las importantes que a las fútiles. Y será bueno, sin exagerar la nota, dentro de la mayor tolerancia, cristianizar lo que se pueda; porque de otro modo, el Rif, con sus mujeres convertidas en bestias de carga, seguirá siendo un país salvaje, sucio y traicionero, aunque nos lo pinten dechado de patriarcales virtudes. En lo posible, pues a nadie se le convierte por fuerza; por medios propios de la moderna edad, ojalá nazca en el África española el Niño que acaba de nacer en Belén, en otro país semítico, de endurecido corazón y ciegos ojos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si la guerra universal está a punto de encenderse, como vaticinan los pesimistas, ¡terrible Noche Buena la que se prepara!

La discusión eterna renace, evocada por esta fecha de poesía y de amor, en que la infancia y la maternidad sonríen, entre la paja de un pesebre inundado de luz y en torno del cual se esparce la melodía de un coro de serafines. La guerra, ¿es o no contraria a la doctrina de Cristo? ¿Cómo debe entenderse el precepto «no matarás»?

Por uno y otro lado los argumentos abundan, y claro es que hay en nosotros dos tendencias encontradas y que, por turno, los argumentos convencen o parecen baladíos y miserios.

Yo creo que nadie es cruel por el gusto de serlo, o que, por lo menos, contadas serán las personas que hallen fruición en un mal que de nada les sirve, que no conviene a sus fines particulares. Por eso, cuando se diserta sobre la guerra, si la mayoría sigue su instinto la condenará. No hablo ya de personas extremadamente sensibles; hablo del vulgo. De la guerra, lo primero que salta a los ojos es la sangre, el estrago, el horror, las madres llorando, los heridos gimiendo, los buitres graznando, las casas ardiendo, y demás escenas espantosas que la guerra trae consigo. Y es imposible que nadie deje de estremecerse ante tales cuadros, por poco que la humanidad reine en su alma. De este estremecimiento a reprobar en absoluto la guerra, va poco; y casi todos juzgan por impresión y la repudian más o menos severamente.

Yo quisiera mirar esta cuestión a la luz de la misma estrella que guió a los Magos hacia el humilde albergue del Niño... La luz de la estrella, no cabe duda, es pacífica y amorosa; pero muy lejos de haber extinguido la guerra con su resplandor, dijérase que la ha encendido, y para siempre. Lo cual significa que el establecimiento del Cristianismo en el mundo, y su difusión, como religión civilizadora, expansiva, católica, o sea universal, ha sido y tiene que ser causa y origen de guerras sin cuento, como lo es todo acontecimiento enorme, trascendental, que agita a las multitudes por espacio de cientos de años y las lanza a nuevos ideales.

Tal es la verdad y tal la enseñanza de la filosofía de la historia; la demostración más patente nos la da esta formidable lucha actual que, iniciada en los Balkanes, puede propagarse a toda Europa, y a cada hora tememos que se propague.

El fondo de tal guerra es religioso. Sé de sobra que median intereses y aspiraciones de otra índole. El uno quiere un puerto en el Adriático, el otro un jirón de tierra que redondea su geografía, éste la ciudad importante que antaño poseyó, aquél la indemnización que ha de servir para acrecentar su fuerza defensiva. Y se me dirá, ello no tiene nada que ver con las creencias. Pero repárese que, si las creencias fuesen las mismas en turcos, servios, montenegrinos, búlgaros y griegos no existiría el odio engendrado por la pelea secular, no habría matanzas, profanaciones, quemadas de aldeas, y existiría so-